

Una parte del grupo se dirige a la entrada de la colosal mole de piedra para sumergirse en su interior y dejarse imbuir del espíritu del faraón que, según los antiguos textos egipcios, habita eternamente en su interior.

Otros preferimos rodearla por el exterior y dejarnos irradiar por el reflejo de su impresionante y perfecta geometría formada por inmensos pilares de piedra que, vistos de cerca, parecen colocados de forma desordenada y caótica. A pesar de haberlas visto reproducidas miles de veces, cuando estamos ante las pirámides no podemos evitar contemplarlas con la boca abierta y reconocer su inmenso poder para ganarse nuestro asombro y, después, nuestra admiración.

Tras la vista panorámica del conjunto de la necrópolis de Gizeh, visitamos la enigmática esfinge y su templo, que en realidad es **el templo de Kefrén**. Estamos ante un edificio de una gran sobriedad. Moheb nos llama la atención sobre los inmensos bloques de piedra perfectamente ensamblados que forman las paredes, el pavimento de alabastro y los pilares monolíticos de granito rosado.

La esfinge de Gizeh, esculpida en una sola pieza de piedra caliza, tiene cuerpo de león y cabeza de ser humano. Mide unos 20 metros de alto y la cabeza parece representar al faraón Kefrén. Mira hacia la salida del sol y ha estado siempre rodeada de enigmas como guardiana de los secretos de las pirámides que se encuentran a sus espaldas. El halo de misterio y los atributos mágicos que se le confieren resultan atractivos para el visitante curioso y, como le gusta insinuar a nuestro guía Moheb, inspiran preguntas necesarias, si no para comprender los secretos de la civilización de los faraones, sí para evadirnos de este mundo anodino y rastrero.

Tras la visita de la Esfinge, abandonamos la meseta de Gizeh para dirigirnos al lugar donde se alzó Memphis, la capital del Imperio Antiguo.